

oler, oír, gustar; el Caribe de los sentidos, el Caribe de los sentimientos y los pre-sentimientos.

Puedo aislar con pasmosa exactitud —al igual que el héroe novelesco de Sartre— el momento en que arribé a la edad de la razón. Fue una hermosísima tarde de octubre, hace años, cuando parecía inminente la atomización del meta-archipiélago bajo los desolados paraguas de la catástrofe nuclear. Los niños de La Habana, al menos los de mi barrio, habían sido evacuados, y un grave silencio cayó sobre las calles y el mar. Mientras la burocracia estatal buscaba noticias de onda corta o se escudaba tras los discursos y los comunicados oficiales, dos negras viejas pasaron «de cierta manera» bajo mi balcón. Me es imposible describir esta «cierta manera»; sólo diré que había un polvillo dorado y antiguo entre sus piernas nudosas, un olor de albahaca y hierbabuena en sus vestidos, una sabiduría doméstica, casi culinaria, en sus gestos y en su chachareo. Entonces supe de golpe que no ocurriría el apocalipsis. Esto es: las espadas y los arcángeles y las trompetas y las bestias y la ruptura del último sello no iban a ocurrir por la sencilla razón de que el Caribe no es un mundo apocalíptico; no es un mundo fálico que persigue el deseo vertical de la eyaculación o la castración. La noción del apocalipsis no está en la cultura del Caribe. Las proposiciones de crimen y castigo, de la bolsa o la vida, de patria o muerte, no tienen nada que ver con la cultura del Caribe; se trata de proposiciones occidentales (recuérdese de nuevo a Malaparte) que el Caribe sólo comparte en términos declamatorios, mejor, en términos de primera lectura. La llamada «crisis de octubre» o «crisis de los cohetes» no la ganó J. F. K. ni N. K. ni mucho menos F. C. (los hombres de Estado siempre resultan abreviados en estas grandes circunstancias); la ganó el Caribe junto con la pérdida que implica toda ganancia, y viceversa. De haber ocurrido esto, digamos, en Berlín, los niños estarían ahora descubriendo el hacha petaloide y aprendiendo el arte de hacer fuego con palitos. La plantación de cohetes sembrada en Cuba era una máquina rusa; pero ni el mar ni los ríos lo eran. Me explicaré.

La cultura de los archipiélagos no es terrestre —como son casi todas las culturas—; es fluvial y marina. Se trata de una cultura de rumbos, no de rutas; de aproximaciones, no de resultados exactos. Aquí el mundo de las líneas rectas y los ángulos (la esquina, el plano inclinado, la encrucijada) no domina; el que domina es el mundo fluido de las curvas. La cultura de los meta-archipiélagos es un eterno retorno, un *detour* sin propósito o meta, un rodeo que no lleva a otro lugar que a sí mismo; es una máquina *feedback*, como es el mar, el viento, la Vía Láctea, la novela, la naturaleza, la cadena biológica, la música. Se dirá que entonces la Hélade no cumple el canon del meta-archipiélago. Pero sí, claro que lo cumple y lo define. Lo que ocurre es que el pensamiento occidental (de los romanos a esta parte) se ha venido pensando a sí mismo como la repetición diacrónica de una antigua polémica. Me refiero a la máquina represiva formada con la oposición binaria Aristóteles *versus* Platón. El pensamiento griego ha sido escamoteado a tal extremo que, aceptándose como margen de tolerancia la versión platónica de Sócrates, se desconoció o se censuró o se tergiversó la rutilante constelación de ideas que constituyó el cielo de la Hélade. Así, este firmamento magnífico fue reducido de la misma manera que si borráramos todas las estrellas con excepción de Cástor y Pólux. Ciertamente, el pensamiento griego fue mucho más que este *match* filosó-

fico organizado en los tiempos d. C., y no es preciso seguir con esto por que las pruebas andan por donde quiera. Además, es del Caribe de lo que interesa hablar. Entonces, ¿cómo describir la cultura caribeña de otra manera que una máquina *feed-back*? Para esto nadie tiene que quemarse los sesos; es algo del dominio público; si habría que decirlo en una sola palabra, diría: actuación. Pero actuación no sólo en términos de interpretación escénica y ejecución de un ritual, sino también de comportamiento competitivo, algo así como una combinación de lo que los norteamericanos llaman *performance* y los ingleses *good show*.

Y sin embargo, hay «algo más»

Lo cierto es que en ese «algo más», en esa «cierta manera» con que caminaban las dos negras viejas que conjuraron el apocalipsis, se expresa el légamo gnóstico, mítico si se quiere, de civilizaciones que no fueron «científicas» y que contribuyeron a la formación de la cultura caribeña. Claro, de esto también se ha escrito, aunque pienso que de un modo superficial e insuficiente. Me explicaré. Hubo un tiempo en que creí que el único código que descifraba el Caribe era el de la plantación. Pensaba entonces que el sincretismo de nuestras expresiones culturales había que buscarlo exclusivamente en el intercambio violento de componentes europeos, africanos y asiáticos dentro de la máquina de la plantación. Hoy, sin descartar del todo esta hipótesis, debo decir que mi atención se dirige hacia máquinas sincréticas más distantes, más remotas; máquinas que se localizan en los subsuelos de América, de Africa, de Asia, de Europa.

Ciertamente, para una re-lectura del Caribe hay que visitar las fuentes de donde manaron los variadísimos elementos que contribuyeron a la formación de su sistema cultural. Esto es así, porque en cuanto logramos establecer e identificar por separado los significantes que integran el objeto sincrético que estamos analizando, se produce al momento un radical desplazamiento de esos significantes. Tomemos como ejemplo un objeto sincrético bien estudiado, digamos el culto de la Virgen de la Caridad del Cobre (todavía observado por muchos cubanos). Si analizáramos este culto —pretendiendo que esto no se ha hecho antes—, llegaríamos necesariamente a una fecha (1605) y a un lugar (el Cobre, cerca de Santiago de Cuba; esto es, al marco espacio-tiempo donde el culto empieza a articularse sobre la base de tres significantes: uno de procedencia aborigen (la deidad taína Atabey o Atabex), otro de procedencia europea (la manifestación de la Virgen María bajo la forma española de Nuestra Señora de Guía Madre de Dios de Illescas) y, finalmente, otro de procedencia africana (el *oricha* yoruba Ochún). Para muchos antropólogos la historia de este culto empezaría o terminaría aquí, y por supuesto darían razones para explicar esta arbitraria ruptura de la cadena de significantes. Dirían, por ejemplo, que los pueblos que habitan hoy las Antillas son «nuevos», es decir que su anterior condición de europeos, africanos y asiáticos no debe contar; dirían que, al desaparecer el aborigen antillano durante el primer siglo de la colonización, estas islas quedaron desconectadas de las máquinas indo-americanas, proveyendo así un espacio «nuevo» para que los hombres «nuevos» crearan una sociedad «nueva» y, con ella, una cultura «nueva» que ya no puede tomarse como prolongación de aquéllas que portaban los «nuevos» pobladores. Se trata, evidentemente, de un enfoque estructuralista, sistémico si se quiere, puesto que lo que han creado los hombres «nuevos» en las Antillas es, ni más ni menos, que toda una familia de «nuevos» siste-

mas. Bien, comparto este enfoque sistémico, aunque sólo en la perspectiva que ofrece una primera lectura del Caribe (lectura tan necesaria como lo es el primer paso de una caminata). Quiero decir que, ya metidos de lleno en este viaje de re-visitación, habría que continuar desplazando los significantes que informan el culto sincrético de la Virgen de la Caridad del Cobre.

La primera sorpresa que nos depara el tríptico Atabey-Nuestra Señora-Ochún —hay que seguir pretendiendo que nada de esto ha sido hecho—, es que no es «original» sino «originario». En efecto, Atabey es un objeto sincrético en sí mismo, uno de cuyos significantes nos remite a otro significativo un tanto imprevisto: Orehu, madre de las aguas entre los arahuacos de Guayana. Este viaje de la significación resulta apasionante por más de una razón. En primer lugar implica a la grandiosa epopeya arahuaca: el poblamiento minucioso de cada isla hasta llegar a Cuba, ese conectar de máquina a máquina hasta establecer la conexión «otra» entre ambas masas sub-continenciales (tal fue la extraordinaria hazaña de los arahuacos de la Amazonia). En segundo lugar implica, también, a la no menos grandiosa epopeya de los caribes: las islas arahuacas como objeto del deseo caribe; la construcción de grandes canoas, los aprestos bélicos, los *raids* a las islas cercanas a la costa, el rapto de las hembras y los festines de victoria; luego la etapa de las invasiones, las matanzas de arahuacos, el glorioso canibalismo de hombres y palabras, carib, calib, canib, caníbal y Calibán; finalmente, el Mar de los Caribes, desde la Guayana a las Islas Vírgenes, el mar que aisló a los arahuacos (taínos) de las Grandes Antillas, que cortó su conexión con la costa suramericana pero no la continuidad del flujo de la cultura: Atabey-Orehu, el flujo de significantes que atravesó la barrera espacio-temporal caribe para seguir uniendo a Cuba con las cuencas del Orinoco y del Amazonas; Atabey-Orehu, progenitora del Ser Supremo de los taínos, madre de los lagos y ríos taínos, protectora de los flujos femeninos, de los grandes misterios de la sangre que experimenta la mujer, y allá, al otro lado del marco antillano, la Gran Madre de las Aguas, la inmediatez del matriarcado, los inicios de la agricultura de la yuca.

Hay algo enormemente viejo y poderoso en esto, ya lo sé; un vértigo contradictorio que no hay por qué interrumpir, y así llegamos al punto en que la imagen de Nuestra Señora que se venera en el Cobre es, también un objeto sincrético, producido por dos estampas distintas de la Virgen María que fueron a parar a manos de los caciques de Cueíba y de Macaca, y que eran adoradas a la vez como Atabey y Nuestra Señora (esta última sólo en tanto que amuleto). Imagínese por un momento la perplejidad de estos caciques cuando vieron, por primera vez, lo que ningún taíno había visto antes: la imagen a color de la Madre del Ser Supremo, la sola progenitora de Yúcahu Bagua Maórocoti, que ahora resultaba, además, la madre del dios de aquellos hombres barbudos y color de yuca, la cual, según ellos, los protegía de muertes y heridas en la guerra. *Ave María*, aprenderían a decir estos indios cuando adoraban a su Atabey, que una vez había sido Orehu y, más atrás aún, la Gran Madre Arahuaca. *Ave María*, diría seguro Francisco Sánchez de Moya, un capitán español del siglo XVI, cuando recibió el nombramiento y la orden de trasladarse a Cuba para hacer fundiciones de cobre en la villa del Prado. *Ave María*, diría de nuevo cuando envolvía entre sus camisas la imagen de Nuestra Señora de Illescas, de la cual era devoto. *Ave María*, repetiría el día que